

APRENDER A APRENDER

Jaime Emilio González Magaña, S. J. (MEX)

Prof. de Teología Espiritual y de Espiritualidad Ignaciana

Pontificia Universidad Gregoriana, Roma, Italia

En todo amar y servir para contemplar al Amor

La formación permanente está en el corazón del carisma de la Compañía de Jesús y, no obstante, todavía hay quien no la entiende o cae en reduccionismos o concepciones confusas. Está en el centro de nuestra espiritualidad como la actitud de *aprender a aprender* que no es otra cosa que pedir la gracia de “la contemplación para amar o, lo que es lo mismo, la contemplación para entregarse, para darse, para comunicarse al ser amado por medio de las obras, ya que los verdaderos cristianos –como la verdad- se ‘hacen’ en la práctica, donde ‘se verifica’ la fe; donde la fe y el amor se ‘hacen’ verdad. Donde la fe se traduce en amor”¹. Aun cuando algunos la conciben como la prolongación de la formación sacerdotal después de la ordenación o la profesión perpetua, para la Compañía de Jesús, “*la formación permanente y el discernimiento apostólico constituyen ‘el pilar’ de la renovación espiritual y apostólica*”² con el objetivo fundamental de identificarnos con la persona de Cristo pobre y humillado de los Ejercicios Espirituales. El Padre Pedro Arrupe estaba persuadido de que no se trata de ponerse al día en cuestiones intelectuales sino de “*algo mucho más profundo y extenso, pues la formación permanente radica en lo más hondo del espíritu que desea adaptarse lo más posible a las circunstancias presentes y a prever, en cuanto cabe, el mismo porvenir*”³. En continuidad con las enseñanzas del

Concilio Vaticano II, las Congregaciones Generales XXXI y XXXII de la Compañía de Jesús, dieron nuevas orientaciones en este sentido. En el Decreto 6 de la Congregación General XXXII se afirma que “toda la formación de los nuestros debe concebirse y desenvolverse como un proceso progresivo de la vida espiritual, del apostolado y de los estudios, de modo que la plenitud de la vida espiritual sea la fuente del apostolado, a su vez, impulse hacia los estudios y hacia una vida espiritual intensa”⁴. Y añade que “*se consigue principalmente por la constante evaluación y reflexión sobre el propio apostolado bajo la luz de la fe y con la ayuda de la comunidad apostólica...*”⁵.

*la formación permanente
y el discernimiento
apostólico constituyen ‘el
pilar’ de la renovación
espiritual y apostólica*

El jesuita está invitado a mantener una actitud abierta para formarse continuamente como un medio para responder adecuadamente a la misión apostólica, estar en continuo discernimiento comunitario y descubrir lo que estorba al proyecto de Dios. Es una dimensión propia del modo nuestro de proceder que exige la profundización constante de nuestra espiritualidad a lo largo de la vida como religiosos al servicio de la Iglesia. Como parte de la vocación a un servicio universal, siempre *por la mayor gloria de Dios*, el jesuita debe conservar esta actitud para mantener la disponibilidad a ser enviado a cualquier misión. Forma parte, asimismo, de la libertad y fidelidad al carisma que busca el respeto a la propia identidad como la disposición a “hacernos indiferentes a todas las cosas criadas... , solamente deseando y eligiendo lo que más nos conduce para el fin que somos criados”⁶. Solamente así, estaremos siempre abiertos a propuestas creativas que nos permitan actualizar la misión recibida y responder adecuadamente a los retos que la Iglesia y la sociedad nos presentan continuamente. La formación permanente es una expresión que comunica en modo apropiado el sentido del *magis ignaciano* como la posibilidad de mantener viva la tensión hacia una fidelidad creativa a nuestra identidad en continuo movimiento y adaptación para responder a los signos de los tiempos pues “de esto depende la calidad de nuestro servicio apostólico”⁷. La Congregación General XXXV especifica que es una de las funciones del Presidente de las Conferencias de Provinciales quien “tiene la responsabilidad de la formación permanente y el cuidado de la salud de los jesuitas destinados a las casas y obras comunes”⁸.

El concepto de formación permanente

Este término no es privativo nuestro y su uso en el universo científico se remonta a la primera mitad del siglo veinte. Originalmente fue pensado para ofrecer una preparación a los adultos con la idea de completar la educación recibida en la escuela. Hacia finales de los años sesenta, la UNESCO decidió precisar sus contenidos ante el hecho, cada vez más evidente, de que la inmensa mayoría de las propuestas de formación procedían de los países occidentales, fundamentalmente europeos y, a pesar de todo, presentaban diferencias notables⁹. Por otra parte, en los países pobres no se sentía esa necesidad pues lo fundamental seguía siendo encontrar los medios suficientes para una alfabetización básica. Con la expresión *"lifelong learning"*¹⁰, se quiso expresar la necesidad y el derecho al estudio a lo largo de la vida; afrontar la creciente necesidad de progreso y autorrealización¹¹ y la urgencia de repensar la distribución del saber y la formación continua con la convicción de que *se aprende a aprender para el crecimiento personal en la vida*¹².

La sociedad contemporánea, cada vez más exigente, obligó a que se asumiera que la formación inicial básica no era suficiente para enfrentar los desafíos en todos los campos del saber. Se constató, asimismo, que los conocimientos acumulados no bastaban para satisfacer las exigencias de un mundo en continuo cambio. Y fue de este modo que, a partir de los años setenta, los estudiosos comenzaron a desarrollar el concepto de *una formación continua que se extiende desde la infancia hasta la vejez* de modo tal que

*la capacidad de dialogar,
de analizar, de organizar,
de planear y de decidir*

se puede destacar el uso de los términos de *pedagogía* y *andragogía*¹³. La idea que estaba a la base era que *la vida es una escuela muy eficaz* -en ocasiones tal vez la única-, *que enseña a madurar la capacidad de dialogar, de analizar, de organizar, de planear y de decidir*¹⁴.

Aun cuando nunca se negó la validez de la formación escolarizada, sí se admitió que es la práctica profesional la que da los elementos para que una persona asuma la urgencia de una formación permanente. Solamente durante el ejercicio responsable de toda actividad, surgirán las preguntas *¿Por qué aprender? ¿Cuáles son las áreas del aprendizaje que requieren mayor atención? ¿Cuáles son los niveles de mi educación en donde me encuentro débil?* Y esto, por así decirlo, sería el "disparador" que permite experimentar la necesidad de una formación actualizada.

El movimiento pedagógico hacia una formación continua fue asumido sin reservas en la Iglesia como una necesidad para formar con una nueva actitud. Esto quedó expresado claramente por expertos de la Santa Sede que enfáticamente afirmaron que: “no se puede titubear en investigar las causas de la situación general del mundo, que supera el problema particular de la Iglesia. Si no se adquiere la necesidad de la búsqueda de una explicación, se corre el riesgo de encerrarse en un círculo estrecho, donde no se pueden descubrir los verdaderos remedios si antes no han sido examinadas sus causas”¹⁵. En el Concilio Vaticano II y, muy especialmente en los Decretos *Presbyterorum ordinis* y *Optatam totius* y en las Constituciones *Lumen gentium* y *Gaudium et spes*, la Iglesia, manifestó que había entendido la necesidad de urgir a los sacerdotes a la comprensión de que una opción de formación permanente era parte de su deber para poder alcanzar un renovado compromiso de evangelización en el mundo actual y, por supuesto, para poder estar preparados y ofrecer un auténtico testimonio de vida. Así lo reconoció también la Congregación para el Clero en el Directorio para el Ministerio y la vida de los Presbíteros¹⁶.

Según la UNESCO¹⁷, “por educación permanente entendemos un orden de ideas, de experiencias y de realizaciones bien precisas, es decir, la educación en la plenitud de su concepto, en la totalidad de sus aspectos y sus dimensiones, en la continuidad incesante de su desarrollo desde los primeros momentos de la existencia hasta los últimos y en una articulación profunda y orgánica de sus diferentes momentos y sus fases sucesivas”¹⁸. La expresión se aplica a todas las fases de edad, es decir del principio de la vida a la madurez del anciano pues es un hecho que “no existe una edad para la educación”¹⁹. En consecuencia, todas las personas, hombres y mujeres, jóvenes y adultos, niños y viejos, deben tener iguales oportunidades para conseguir una formación apta y conveniente a lo largo de toda su vida. La expresión “*educación permanente*” o su correlativo “*aprendizaje permanente*”, se convirtió así en un principio guía de una nueva mentalidad educativa. Se ha insistido igualmente en la distinción entre “*educación permanente*” y “*educación para adultos*”. Y esto se explica porque las palabras “educación” y “formación” a menudo son utilizadas como sinónimos, pues las dos tienen el sentido de adquisición o dominio del saber, del saber ser o del saber hacer, sin embargo, no indican totalmente la misma realidad. La palabra “formación” se refiere a la actividad que permite completar lo que inicialmente estaba sin forma e incompleto. Formar significa *dar o darse la mejor forma*. Más aún, con la asunción del término de la “*autoformación*”, no se exige, necesariamente, la presencia de un guía. Cuando se hace mención a la “*educación*” hacemos referencia a la promoción de la persona y su maduración

mediante la transmisión de valores, principios y orientaciones. Supone siempre la presencia de un mediador para la transmisión de estos valores a diferencia de la pedagogía moderna que prefiere considerar al sujeto como primer protagonista de su propia formación, de aquí el uso cada vez más frecuente de la palabra “*autoformación*” para caracterizar el ideal de la formación en la sociedad actual.

Los sacerdotes diocesanos, los religiosos y religiosas, no estamos exentos de esta formación permanente. Y precisamente en las circunstancias actuales, estamos llamados a promover todo tipo de medios e instrumentos para nuestro crecimiento. No podemos, de ningún modo, vivir en plenitud nuestra misión sin un proyecto personal de vida que modere nuestro ser y hacer en la Iglesia. *Nos vamos haciendo servidores de la misión en cada una de las etapas de nuestra vida*, en cada una de las experiencias que vivimos como nos lo recuerda la Congregación General XXXV cuando afirma que “desde el principio de nuestra formación y a lo largo de la vida debemos ser y permanecer hombres familiarizados con las cosas de Dios... Sabemos que ‘la mediocridad no tiene lugar en la visión del mundo de Ignacio’. Por eso es fundamental dar a los jesuitas más jóvenes una formación humana, espiritual, intelectual y eclesial tan profunda como sólida, de modo que cada uno pueda vivir plenamente nuestra misión en el mundo con ‘el sentido verdadero que en el servicio de la Iglesia debemos tener’²⁰. Para lograrlo, es indudable que los Ejercicios Espirituales, base fundante de nuestra espiritualidad, nos exigen vivir un proceso de conversión continua para ser fieles a la vocación y para que

*estudiar, reflexionar,
investigar es una
acción eucarística*

nuestra misión sea verdaderamente eficaz entre los hombres. No se trata –obviamente-, de algo añadido o superficial sino, sencillamente, de seguir el ejemplo de conversión continua de Ignacio de Loyola.

Los jesuitas “somos conscientes de la importancia que tiene el apostolado intelectual para la vida y la misión de la Iglesia”²¹. Sin embargo, esto no quiere decir que debamos buscar la asimilación de nuevos aprendizajes, habilidades y competencias que nos garanticen el éxito como si viviéramos nuestra vocación como una profesión civil. Se trata de un “estudio, reflexión investigación sobre la Palabra de esperanza proclamada en la escritura y, sobre esta base, en toda la Teología... Reflexión y estudio como un medio que ayude a reencontrar la confianza en la capacidad humana de llegar juntos a la verdad y superar, sea un relativismo, que desespera de poder alcanzar la

verdad, sea un fundamentalismo, que afirma poseerla ya completamente... *Estudiar, reflexionar, investigar es una acción eucarística*²². Somos conscientes del riesgo de caer en intelectualismos o búsqueda de poder y prestigio mediante la adquisición de títulos académicos está siempre presente, de ahí que sea urgente una renovación interior, más aún, seguir bajo la bandera de la cruz al Cristo pobre y humillado de los Ejercicios Espirituales. Únicamente con esta actitud seremos capaces de avanzar en esta configuración en el “ser y hacer, contemplación y acción, oración y vivir proféticamente, estar totalmente unidos a Cristo y completamente insertos en el mundo con Él como un cuerpo apostólico: todas estas polaridades marcan profundamente la vida de un jesuita y expresan a la vez su esencia y sus posibilidades”²³, según los criterios de las Dos Banderas, los Tres Binarios y las Tres Maneras de Humildad.

La ‘docibilitas’ como la disponibilidad de aprender a aprender

La formación permanente es “aquella disponibilidad constante de aprender de la vida, de cada situación y relación humana (= *docibilitas*²⁴). Se expresa en un conjunto de actividades ordinarias y extraordinarias, de examen y discernimiento, de ascesis y oración, de estudio y apostolado, de verificación personal y comunitaria... que ayudan a madurar en la identidad creyente y en la fidelidad creativa a la propia vocación en las diversas circunstancias y fases de la vida... todos los días, hasta el final. *La formación permanente es la libertad inteligente y atrevida de dejarse formar de la vida y para toda la vida*²⁵. Esto conlleva un proceso lento y gradual en el que el Espíritu Santo tiene la precedencia y desempeña un papel central para formarnos según el corazón de Cristo. Es una actitud que nos involucra completamente y nos hace responsables en la conformación de nuestro servicio en y desde la caridad, con la Eucaristía en el centro de nuestro ser y quehacer y la misión en el horizonte. No se trata de una simple prolongación del proyecto de formación que pudiera interesar a los sacerdotes y religiosos/as más jóvenes sino que, por su propia naturaleza, es un camino inexcusable para todos.

*aquella disponibilidad
constante de aprender
de la vida, de cada
situación y relación
humana*

Para aprender a aprender es imprescindible favorecer la libertad e irnos transformando en personas capaces de comprometer nuestra vida religiosa y sacerdotal de modo que lleguemos a ser protagonistas de nuestra historia. Se trata de una libertad que nos libera aun de las propias ideologías, nos permite entrar en relación con Dios y con las otras personas en una forma siempre fecunda, activa y pasiva. Más aún, nos forma y ayuda a reconocer todas las afecciones desordenadas que nos impiden descubrir su voluntad. Es la actitud que nos ayuda a formar el *subiecto* del que hablaba Ignacio de Loyola cuando se refería a determinadas cualidades que ha de tener una persona para ser capaz de asumir compromisos serios, libres y responsables. Desde la experiencia ignaciana el hecho de tener “*subiecto*”, capacita para hacer los Ejercicios, o ser admitido en la Compañía de Jesús; se refiere a la persona humana integral y asume que todo individuo es único e irrepetible por lo que deben considerarse todas sus capacidades personales para tomar una decisión que lo afecte²⁶. Gracias a esta disposición estaremos en condiciones de entender el significado de que “las otras cosas sobre la haz de la tierra son criadas para el hombre, y para que le ayuden en la prosecución del fin para el que es criado”²⁷. Esto, sin embargo, depende de la actitud que cada uno de nosotros asuma en este aspecto para formarse a la *docibilitas*²⁸ siguiendo el ejemplo de Ignacio y los primeros compañeros que integraron su formación a la experiencia que habían vivido y que, una vez orada y discernida, fue cristalizada por la necesidad inminente de la misión y consagrada en las Constituciones de la Orden.

Una sólida formación inicial formará personas *docibilis*, es decir, jesuitas que hayan aprendido a aprender en cualquier misión y con todo tipo de personas. Su objetivo será ayudar a cada miembro a integrarse en el cuerpo apostólico de la Compañía de Jesús y capacitarlo “para responder con calidad a los retos actuales de la misión. Estos dos parámetros medirán el progreso del candidato de la Compañía en un camino gradual de motivaciones, exigencias, hábitos y prácticas hasta la incorporación definitiva en el momento de los últimos votos”²⁹. Un jesuita así formado entenderá que la formación es como “un edificio”³⁰ que se construirá en forma procesual, en el que, además de los contenidos, será esencial cuidar el discernimiento personal y un acompañamiento adecuado que pueda contribuir a que no termine jamás. Si esto se logra, el jesuita se convertirá en el primer responsable de crecer y aprender aun de los fracasos, en medio de las crisis de la mediana edad o la ancianidad, con una implicación activa y responsable; una actitud fundamentalmente positiva en cuanto a reconciliarse con la propia historia con gratitud. Se favorecerá, asimismo, la capacidad para relacionarse con la alteridad

con una disposición para entrar en contacto con otras realidades objetivas y una actitud continua de respeto y admiración. Finalmente, le ayudará a “quitar de sí todas las afecciones desordenadas y después de quitadas para buscar y hallar la voluntad divina en la disposición de su vida para la salud del ánima”³¹ para *aprender a liberarse de los propios miedos, pretextos, distorsiones perceptivas o expectativas irreales que, en definitiva, no le permiten dejarse educar y formar de la vida, para toda la vida.*

La actitud de aprender a aprender en el Magisterio de la Iglesia

La necesidad de la formación continua fue reconocida por el Concilio Vaticano II y los documentos fundamentales afirman que el presbítero crece y se santifica en el ejercicio de su ministerio³². Se puso especial énfasis en que “la formación sacerdotal, sobre todo en las condiciones de la sociedad moderna, debe proseguir y completarse aun después de terminados los estudios en el seminario...”³³. Más aún, anticipándose a un problema muy actual, se insistía en que “el clero joven ha de introducirse gradualmente en la vida sacerdotal y en la vida apostólica bajo el aspecto espiritual, intelectual y pastoral, y renovarlas y fomentarlas cada vez más”³⁴. En la Exhortación Apostólica *Pastores dabo Vobis*, el Santo Padre Juan Pablo II, expresó que “la santidad misma de los presbíteros contribuye en gran manera al ejercicio fructuoso del propio ministerio”³⁵. De cara a una difícil problemática, se insiste en que el presbítero debe recordar constantemente que es un ministro de Cristo y de esta convicción surge la necesidad de la formación permanente. Define la esencia de la formación como el hecho de *reactivar el don de la vocación y cuidar su carisma*³⁶. Formarse en la vida y para la vida no es otra cosa que atizar el fuego del servicio para aumentar un calor que ya existía desde el momento en que hemos respondido afirmativamente a la llamada del Señor. Podría suceder que, en lugar de encender otros fuegos, la llama propia se haya debilitado por la rutina y el activismo por lo que tenemos que avivarla perpetuamente como un don de Dios. Estamos llamados a santificarse en el camino de configuración con Cristo y llevar a plenitud, como Él, la caridad de Jesús, buen Pastor. “A pesar de las diferencias lo que nos une es Cristo y el deseo de servirle: no hacernos sordos al llamamiento del Señor, sino prontos y diligentes para cumplir su santísima voluntad... Él es la única imagen que nos une. Los jesuitas saben quienes son mirándole a Él”³⁷.

Ser apóstoles contemplativos en la acción requiere una respuesta libre que nos permita ser conscientes de “en todo amar y servir” con un estilo de vida siempre nuevo, mediante itinerarios diferentes que exigen ser discernidos. Precisamente por esto “es necesario, entonces, que sea pensada y desarrollada de modo que todos los presbíteros puedan recibirla siempre, teniendo en cuenta las posibilidades y características que se relacionan con el cambio de la edad, de la condición de vida y de las tareas cotidianas”³⁸. Proviene del deseo de formarse como correspondencia a la gratuidad de la llamada y “es un nuevo modo de mantener vivo en nosotros el misterio de nuestra vocación. Don que nos supera infinitamente y misterio de la elección divina...”³⁹.

El verbo “*formar*” significa “crear las condiciones favorables de tiempo y lugar y ofrecer los contenidos irrenunciables para que cada persona, coadyuvada por factores externos, sea capaz de alcanzar un nivel de maduración humana y espiritual y un adiestramiento cultural conforme a las tareas que está destinada a desarrollar”⁴⁰. Comprende dos objetivos globales complementarios: *un compromiso continuo de conversión y un esfuerzo de hacerla realidad, en medio de circunstancias adversas*. El camino formativo de todos se basa en la profundización de la formación inicial asumida integralmente en todas sus dimensiones: humana, espiritual y comunitaria que implica la renovación de la

*el lugar de la formación
permanente no es otro que
el de la misión*

dimensión intelectual y pastoral. Debe basarse en una reflexión interdisciplinar que exige la búsqueda de la unidad entre la psique, la vida espiritual y el conocimiento y para esto será estrictamente necesaria una interacción de todas las dimensiones formativas. El lugar de la formación permanente no es

otro que el de la misión recibida por los superiores, en la vida cotidiana, mientras contemplamos el Amor y nos decidimos a amar y servir en todo, en medio de los signos de los tiempos, en los hermanos, especialmente los más necesitados, en las relaciones personales con los laicos, en la fraternidad con otros sacerdotes⁴¹. Se da como una continuación natural y absolutamente necesaria del proceso de estructuración de la personalidad presbiteral⁴², estrechamente ligada con el proyecto formativo⁴³ y como una profundización necesaria en el campo teológico, filosófico o pastoral⁴⁴. De aquí la exigencia de que el sacerdote “sepa integrar cada vez más armónicamente estos mismos aspectos entre sí, alcanzando progresivamente la *unidad interior*, que la caridad pastoral garantiza... Sólo la formación permanente ayuda al ‘sacerdote’ a *custodiar con*

*amor vigilante el 'misterio' del que es portador para el bien de la Iglesia y de la humanidad*⁴⁵.

El método para desarrollar la actitud de *aprender a aprender*, sin duda, el "*proyecto personal de vida*". Permite identificar los frutos del discernimiento personal actualizado en los Ejercicios Espirituales y el examen cotidiano y facilita la definición de los objetivos a alcanzar así como la elección de los medios idóneos para conseguirlos. La redacción cuidada y evaluada periódicamente del proyecto personal de vida puede ofrecer una contribución factible y creíble para la elaboración de un proyecto comunitario que satisfaga las exigencias de todos y permita un diálogo generacional y fraterno, abierto a la escucha del Espíritu de Dios que habla en, con y desde la Iglesia.

Algunas razones para aprender a aprender

A modo de conclusión, tomando en consideración los grandes retos de nuestro tiempo y el derecho del pueblo de Dios a pedir servidores que hayan asumido plenamente la actitud de la *docibilitas*, enunciaré algunas motivaciones que nos pueden animar en este camino de fortalecimiento de la esperanza cuando la noche es oscura.. Dice Juan Pablo II, "la formación permanente mantiene la *juventud* del espíritu, que nadie puede imponer desde fuera, sino que cada uno debe encontrar continuamente en su interior"⁴⁶. En primer término, "ciertamente no faltan *también razones simplemente* humanas que han de impulsarnos a la formación permanente. Ello es una exigencia de la realización personal progresiva, pues toda vida es un camino incesante hacia la madurez y ésta exige la formación continua"⁴⁷. No podemos engañarnos pues en una sociedad como la nuestra es imprescindible que asumamos el reto de estar en continua formación que nos ayude a crecer en madurez afectiva, sexual y humana. Por la seriedad de la misión y la grandeza de los retos que libremente hemos asumido, tenemos la obligación moral de contar con la ayuda de un buen acompañamiento espiritual y, en caso necesario, de un apoyo psicólogo que nos permitan aspirar a esta madurez y vivir nuestra naturaleza humana sin miedos y sin ambigüedades.

Más aún, la *docibilitas*, nos dispone al don de la fidelidad que en nuestros días es tan débil y que hay que pedir al Espíritu Santo por "amor a

*la docibilitas, nos
dispone al don de la
fidelidad*

Jesucristo y coherencia consigo mismo. Pero es también un *acto de amor al Pueblo de Dios*, a cuyo servicio está puesto el sacerdote. Más aún, es un *acto de justicia verdadera y propia*: él es deudor para con el Pueblo de Dios⁴⁸.

Otras razones son de carácter estratégico⁴⁹ y podrían ayudarnos a clarificar la confusión que hemos creado en torno a la identidad sacerdotal. Hoy por hoy, el sacerdocio no es atrayente para muchos jóvenes pues damos una imagen de falta de *docibilitas*⁵⁰. Somos percibidos como los “eternos adolescentes”; en ocasiones con complejo de inferioridad respecto a algunos profesionales a quienes consideramos “exitosos”, otras con manifestaciones de superioridad puestas en evidencia con autoritarismo o clericalismo con quienes trabajamos, especialmente si son personas sencillas. A veces, damos la imagen de personas tristes, cansadas y, en ocasiones, amargadas o en crisis y sin deseos de superar la situación. Con esta perspectiva, los jóvenes que desean ofrecer su vida al servicio de nuestros hermanos optan por un voluntariado temporal y rechazan el mínimo planteamiento a la vida consagrada o al ministerio ordenado. El futuro de la vida religiosa y aun del sacerdocio, dependerá de nuestra capacidad para presentarnos como verdaderos testigos y profetas de amor y caridad hacia el pueblo de Dios.

¹ MAGAÑA M. JOSÉ. (1985). *Jesús Liberador*. México: Librería Parroquial, 368.

² CURIA GENERAL DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS. (2003). *La formación del jesuita*. Roma: Giovanni Olivieri di E. Montefoschi, 149.

³ ARRUPE, Pedro. (19 de agosto de 1977). *Charla a la Conferencia de Religiosos de Colombia*. En: “La Iglesia de hoy y del futuro”, Bilbao-Santander: Mensajero y Sal Terrae, 695-696. Citado en: CURIA GENERAL DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS. (2003). *La formación del jesuita...*, Opus cit. 149.

⁴ COMPAÑÍA DE JESÚS. (1975). *Congregación General XXXII*. Madrid: Razón y Fe, 119.

⁵ COMPAÑÍA DE JESÚS. (1975). *Congregación General XXXII*. Madrid: Razón y Fe, 122.

⁶ LOYOLA, Ignacio de. (1946). *Los Ejercicios Espirituales*. Anotados por el M.R.P. Juan Roothaan, S. I. Bilbao: Eléxpuru Hermanos, 93-95.

⁷ KOLVENBACH, Peter Hans. (8 diciembre 2000). “Loyola 2000”. Carta a la Compañía. En: *AR XXII*, 704.

⁸ COMPAÑÍA DE JESÚS. (2008). *Congregación General XXXV*. Decreto 5, 21c, Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae, 191.

- ⁹ GAHUNGU, Méthode. (15 de Octubre 2010). *La Formazione Iniziale e la Formazione Permanente*. Curso a los alumnos del CIFS de la Pontificia Universidad Gregoriana.
- ¹⁰ FEDERIGHI, P. (1996). *Strategie per la gestione dei processi educativi nel contesto europeo. Dal lifelong learning a una società a iniziativa diffusa*, Napoli: Liguori Editore, 51-64.
- ¹¹ Cf. LEÓN, A. – MIALARET, G. (1980). *Educazione permanente e formazione continua*, Roma: Armando.
- ¹² PASTIAUX, G. et J. (2006). *La pédagogie*, 3^{ème} Édition revue, Paris : Nathan, 121.
- ¹³ GOGUELIN, P. (1975 2^{ed}). *La formation continue des adultes*, Paris: PUF, 26-37 y 42-46.
- ¹⁴ GRIÉGER, P. (1985). *La formazione permanente*. Vol. 1: *Formazione e promozione della persona*, Milano: Ancora, 19-21.
- ¹⁵ GARRONE, G.M. (1979). *La formazione permanente del sacerdote*. Leumann (To): Elle Di Ci, 7-8.
- ¹⁶ CONGREGACIÓN PARA EL CLERO. (31 Enero 1994). *Directorio para el Ministerio y la Vida de los Presbíteros*. N° 71
- ¹⁷ UNESCO. (2000). *Rapporto mondiale sull'educazione 2000: il diritto all'educazione; la formazione per tutti lungo il corso della vita*. Roma: Armando Armando, 59-62.
- ¹⁸ LENGRAND, P. (1976^{2a}). *Introduzione all'educazione permanente*, Roma: Armando, 34.
- ¹⁹ LENGRAND, P. (1976^{2a}). *Introduzione all'educazione permanente...*, Opus cit., 80.
- ²⁰ COMPAÑÍA DE JESÚS. (2008). *Congregación General XXXV*. Decreto 1,10-11, Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae, 66-67.
- ²¹ COMPAÑÍA DE JESÚS. (2008). *Congregación General XXXV*. Decreto 1,12, Opus cit., 67.
- ²² BARRERO DÍAZ, Joaquín. (11 diciembre 2010). *La esperanza: otro modo de amar y de creer*. Retiro de Adviento a la Comunidad Jesuita de la Pontificia Universidad Gregoriana
- ²³ COMPAÑÍA DE JESÚS. (2008). *Congregación General XXXV*. Decreto 2, 9, Opus cit., 87.
- ²⁴ El término se podría traducir literalmente como la capacidad del sujeto a dejarse instruir o enseñar. En el contexto al que estamos haciendo referencia, se prefiere darle un significado más activo y atrevido. Cf. CONFERENZA EPISCOPALE ITALIANA. (1999). *Linee comuni per la vita dei nostri seminari*. Bologna: EDB, N° 22.
- ²⁵ CENCINI, Amedeo. (2005). "Formazione permanente e modello dell'integrazione". En: *Tre dimensioni* 3, Milano: Ancora, 277. La traducción es nuestra.
- ²⁶ Cf. GONZÁLEZ MAGAÑA, Jaime Emilio. (2002). "El 'Taller de Conversión' de los Ejercicios". Volumen II: Los Ejercicios: *una oferta de Ignacio de Loyola para jóvenes*, México: SEUIA-ITESO, 133-148.
- ²⁷ EJERCICIOS ESPIRITUALES N° 23.
- ²⁸ Cf. CENCINI, Amedeo. (2005). "Formazione permanente e modello dell'integrazione"... Opus cit., 281-282.
- ²⁹ SARRIEGO, Jesús Manuel. (2007). *Formación*. En: *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana*. Bilbao-Santander: Mensajero-Sal Terrae, 888.

APRENDER A APRENDER

³⁰ CONSTITUCIONES DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS N° 307.

³¹ EJERCICIOS ESPIRITUALES N° 1.

³² CONCILIO VATICANO II. (7 Diciembre 1965). Decreto sobre el ministerio y la vida de los presbíteros *Presbyterorum ordinis*, 12.

³³ CONCILIO VATICANO II. (21 Noviembre 1964). Decreto sobre la Formación Sacerdotal *Optatam totius*, 22. En adelante OT.

³⁴ OT, 22

³⁵ PDV, 24.

³⁶ PDV, 70.

³⁷ COMPAÑÍA DE JESÚS. (2008). *Congregación General XXXV*. Decreto 2, 2, Opus cit., 82-83.

³⁸ CONGREGACIÓN PARA EL CLERO. (31 de enero de 1994). *Directorio para el Ministerio y la vida de los presbíteros*, 73.

³⁹ S. S. JUAN PABLO II. (13 febrero 1997). *Encuentro con los sacerdotes de la Diócesis de Roma*.

⁴⁰ FAVALE, A. (1999). *I presbiteri: identità, missione, spiritualità e formazione permanente*, Leumann (To): Elle Di Ci, 348.

⁴¹ Cf. OT, 12; PDV, 19.

⁴² Cf. PDV 71 § 1.

⁴³ Cf. PDV 71 § 4.

⁴⁴ FAVALE, A. (1999). *I presbiteri...*, Opus cit. 348-349.

⁴⁵ PDV, 72.

⁴⁶ PDV 79 § 1.

⁴⁷ PDV 70 § 7.

⁴⁸ PDV 70 § 14.

⁴⁹ GAHUNGU, Méthode. (22 de Octubre 2010). *La Formazione Iniziale e la Formazione Permanente*. Curso a los alumnos del CIFS de la Pontificia Universidad Gregoriana.

⁵⁰ CENCINI, Amedeo. (2010). *L'ora de Dio. La crisi nella vita credente*. Bologna: EDB, 236-258.